

mundo gráfico



**¡Madrileños,
al
ataque:
la
consigna
es
vencer!**

Miércoles, 18 de Noviembre de 1936

DIRECTOR

Luis González de Lineros

AÑO XXVI
Número 1307
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

(Fot. Videa)



CÓMO HA CELEBRADO BARCELONA EL ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA

El desfile por el Paseo de Gracia de la manifestación organizada en Barcelona con motivo del XIX Aniversario de la revolución soviética. En la fotografía de la parte inferior: El Presidente de la Generalidad, señor Companys; el cónsul de Rusia, el general Aranguren y otras autoridades, saludando a la multitud durante la fiesta celebrada en el Palacio de la Música Catalana

(Fots. Torrents y Merletti, hijo)





Un aspecto del desfile de la manifestación por la plaza de Cataluña

La manifestación que desfiló por las vías principales de Barcelona,



El desfile de la manifestación por el paseo de Pi y Margall

al cumplirse los diez y nueve años de la Revolución del pueblo ruso



↑ El saludo del señor Companys, del cónsul de Rusia y de otras personas a la multitud, el día en que fué celebrado en Barcelona el XIX aniversario de la Revolución rusa



← Numerosas muchachas de las organizaciones obreras figuraron en la manifestación

Unos cuantos manifestantes al desfilar por la plaza de Cataluña (Fots. Torrents)





Estampas de la guerra en los frentes de Madrid



Arriba, a la izquierda: Uno de los jefes que defienden Madrid cambiando impresiones con algunos milicianos.

↑ Un veterano guerrillero que defiende la capital de la República.

(Fots. Santos Yubero y Benítez)

← Mientras sus compañeros luchan en los frentes, esta bella miliciiana repasa la ropa de los bravos combatientes.

Uno de los jefes observa, con algunos milicianos, el paso de un avión enemigo.



En el frente y en la retaguardia de Madrid



No obstante los momentos difíciles que Madrid vive, nuestra capital se halla bastante bien abastecida. He aquí un buen número de vacas y terneras llegadas a Madrid

(Fots. Santos Yubero y Benítez)



El jefe del Batallón Etapas núm. 1, revisa el servicio motorizado de sus fuerzas



Un parapeto, con el que los defensores de Madrid protegen un camino



Un destacamento de milicianos hostiliza sin cesar a las avanzadas rebeldes



Ha pasado un avión enemigo, y los milicianos consiguen ahuyentarlo con sus fusiles

LOS HEROES POPULARES

ANTONIO COL

EJEMPLO Y SIMBOLO



Antonio Col, el héroe popular.—A la derecha: Un compañero de Col, que se batía junto a él hasta el último momento, cuenta a los periodistas algunos detalles de la hazaña realizada por el heroico marino (Fots. Albero y Segovia)

La hazaña es digna de las estrofas rutilantes de la *Epica*. No ha surgido aún el bardo digno de cantarla, porque la guerra, con su hambre insaciable, consume todas las energías. Los poetas empuñan el fusil o discurren entre los parapetos, y la retórica es después que la lucha. El verbo fué el principio, es cierto; pero en la guerra lo primero es la acción, el hecho.

Y el hecho ejemplar, magnífico, ha surgido a las puertas mismas de Madrid. Un hombre, el sargento de Infantería de Marina Antonio Col—nombre ya integrado a la historia de las gestas populares—saltó de su trinchera, y él sólo, en las manos y el cinto las bombas mortíferas, salió a detener el avance de una escuadra de tanques, los monstruos de la guerra moderna.

Reptando por la carretera, hurtando el cuerpo a la lluvia de balas que brotaba de los gigantes de acero, Antonio Col fué lanzando sus bombas contra los tanques. El hombre desafiaba dramáticamente a la muerte; el corazón del héroe trepidaba más potente que los motores de los gigantes mecanizados. Una vez más, el mito de David y Goliath plasmaba en realidad heroica. Superado por el progreso trágico. Sin más onda el luchador popular que las cuerdas de sus músculos, tensos en la acometida. De su mano diestra salían disparadas las bombas sembradoras de destrucción.

Si los monstruos de acero pudieran hablar, hubieran clamado su estupor, su asombro enorme ante aquel hombre que solo, con la coraza de su pecho y los arietes de sus brazos, se atrevía a desafiarlos a ellos, gigantes de la metalurgia y la mecánica.

Un tanque, dos, tres, cuatro, en total, quedaron paralizados por el ataque de Antonio Col. Hazaña decisiva que decidió en favor de las tropas del pueblo el combate emprendido.

Porque así como el fanático tiene un afán irreprimible de hacer prosélitos, el héroe tiene un poder de contagio. Basta un hombre, sí, para enardecer a una masa; basta un hombre para decidir una batalla.

Reivindiquemos, contra toda la copia de teorías multitudinarias, el valor del hombre, la sublimación del factor humano señero, de la individualidad poderosa capaz de producir esos magníficos contagios del entusiasmo, del heroísmo, de impregnar a la masa de esa atmósfera vibrante, unánime y dinámica, que pone en marcha las grandes ideas y produce los grandes hechos.

Antonio Col, el marino que salió indemne de su proeza epopéyica, caía, cuarenta y ocho horas después, inmolado por una bala de máuser enemigo. Dos centímetros de plomo pudieron más que las ráfagas de centenares de disparos de las ametralladoras de los tanques. Al hombre que había vencido a los monstruos lo abatió, quizá, el disparo de una mano que temblaba...

Pero su ejemplo queda en pie, como un exponente máximo en el ciclo de las gestas populares, como una lección tipo del heroísmo individual, de su poder de contagio; de cómo en todas las luchas de los hombres, sobre todos los progresos de las ciencias, es el hombre, la individualidad, el sentido absoluto y entrañable de lo humano, el que al cabo se impone y triunfa por su energética proselitista, por su capacidad difusora y su siembra de emulación.

Soldados del pueblo



De miliciano a comandante sobre el campo de batalla

El capitán Sancho del Hoyo, que está prestando valiosos servicios en el Batallón Pi y Margall

Uno de los jefes del Batallón Pi y Margall, ascendido a comandante por méritos de guerra



La frase es vieja, pero se está haciendo carne de realidad en muchos milicianos españoles: «Cada soldado lleva en la mochila el bastón de mariscal.» Hombres del pueblo, alejados hasta ahora de toda actividad castrense, se han acostado muchas noches, después de una intensa jornada de heroísmo, y han amanecido con una rutilante estrella en la manga. ¿Cuántos hombres sedentarios, tranquilos, de vida obscura y monótona, se han convertido en héroes populares, en carne de choque y de arrojo, en sangre generosa pródigamente derramada, puesta al servicio de la causa del pueblo? De esa cantera ha salido la mayor parte de la oficialidad que hoy lucha al frente de las columnas de Milicias populares, porque al iniciarse la sublevación militar, la mayoría de los profesionales de la guerra se habían sumado a la subversión, dejando a las fuerzas leales casi desprovistas de mandos. Pero surgieron los obreros, los campesinos, las gentes de profesiones liberales—médicos, catedráticos, abogados, periodistas—, que han tenido que trocar en este paréntesis doloroso de sangre y de metralla sus útiles habituales de trabajo por el fusil o la pistola. En esa larga relación de militares insospechados ha cuajado, con una profundidad de eficacia que parecía incompatible con la improvisación, en el plantel de oficiales que ahora dirige, al frente del ejército popular, las operaciones de la guerra. Por ejemplo:

Juan Arcos era un obrero laborioso, con afanes de progreso. Estudioso, ávido de saber, sintiendo en carne viva la causa proletaria, se había enrolado en organizaciones políticas y proletarias que venían luchando de antiguo por el mejoramiento de la clase obrera. El 17 de Julio le sorprendió en su taller, en su trabajo laborioso, que abandonó en seguida para sumarse al esfuerzo popular encuadrado en las Milicias. Ahora es comandante del Batallón Pi y Margall. Entre ayer y hoy, ¿cuántos hechos de armas inolvidables! Hasta él, apenas abandonado su lugar de trabajo, llegó una estrella de seis puntas a remachar su esfuerzo de soldado. Fué en el mismo campo

de guerra, estremecido por la metralla, en un combate durísimo, en el que Arcos supo demostrar sus magníficas condiciones de mando. Sobre el campo de batalla ascendió a teniente, a capitán, a comandante... Sobre el campo de batalla continúa, al frente de los hombres de su batallón, con el impulso y el ardor del primer día.

Pero Arcos no es hombre con el que se pueda hablar de estas cosas, porque prefiere la acción a las palabras. Y porque encaja en él esa característica común a todos los milicianos con quienes hemos hablado, para mostrar al público a los héroes populares: la modestia. Todos ellos, como obedeciendo a una consigna de austeridad, contestan a nuestras preguntas eludiendo en sus respuestas la parte que pudiera parecer vanidad personal. Con la misma serenidad con que se juegan la vida a diario, hablan de sus hechos de armas, restándole importancia a su actuación heroica, hurtando la respuesta concreta, el dato personal, diciendo simplemente que se han limitado a cumplir con su deber. Cuando el periodista trata de inquirir el gesto individual de heroísmo, el miliciano responde siempre generalizando, pidiendo para todos sus camaradas, desde el soldado al jefe, el laurel.

Al comandante Arcos le hemos hablado de su actuación en los distintos frentes de lucha, y principalmente en los lugares próximos a Madrid, durante los días últimos.

—De eso—nos ha dicho—no me parece discreto hablar. Habría que citar hechos y lugares que deben permanecer, por ahora, en el mayor secreto.

Luego, en una transición brusca, para evitar la reiteración de la pregunta, habla de los milicianos a su mando.

—Esos sí que merecen todos los elogios. Son bravos, sobrios, eficaces. Destaque usted su labor admirable, su espíritu de sacrificio, su arrojo temerario cuando se necesita poner a contribución el desprecio a la propia vida. Hay allí unos milicianos de Cabeza de Buey, de la provincia de Badajoz... Esos y sus compañeros son los que están forjando la victoria.

A. O. S.

Detrás de los frentes de Madrid



Los pequeños heroís- mos inermes

A las puertas de la ciudad llamaron cada día, insistentemente, fuertes aldabonazos de hierro. Ha sido una semana de incesante zumbir de los cañones, mientras las ametralladoras cosían con agujas de fuego las grises lonas de los horizontes de otoño sobre los primeros tejados de Madrid.

Por las calles, el ir y venir de las Milicias se hizo más denso y más ceñuda su expresión. El mandato, aceptado voluntariamente, de impedir la entrada hasta morir, si hasta ese trance se obstinara el asedio de los que pretendieran entrar, ha de cumplirse en un plazo inmediato. Pero en ninguno de los que se disponen a forcejear con el adversario hasta la muerte se advierte un solo paso de vacilación. Todos saben hasta dónde les obligaba el compromiso voluntario, y hasta donde aquel compromiso les obligaba, van. Sin una sonrisa jactanciosa de bravucones de romance; pero con el ademán tenso y firme de una hombría cabal, con que se modela la auténtica figura de los verdaderos héroes populares.

El pequeño heroísmo de la mujer madre de familia

Pero hay otro heroísmo, acaso menos visible, que tiene, sin embargo, más conmovedora expresión. Es el de estas mujeres que mientras el cañón retumba y la ametralladora cose con pespuntos mortales las perspectivas del paisaje de otoño, salen obedientes a su obligación, como si todo aquello no fuese nada. Las circunstancias hacen más difícil el abastecimiento, y aunque no faltan, escasean algunos productos, que hay que sustituir por otros más abundantes sobre la variable oferta del mercado. Desde temprano empiezan a formarse las «colas» ante la puerta del tablajero, de la pescadería, de la huevería... Y las mujeres madres de familia van alineándose y numerándose allí. El cañonazo parece ir rebotando, entre calles, hasta donde la «cola» está formada; pero ninguna de las mujeres madres de familia abandona su puesto. Es que ellas también tienen una misión ineludible que cumplir: la del puchero hirviendo en su hogar. Misión de combatientes, que saben todo lo que significa para la resistencia de una ciudad asediada el que los pucheros sigan hirviendo en los hogares. Y esa misión la cumplen las mujeres madres de familia con un heroísmo pequeño, apagado, vulgar, que no se aprecia bien, quizá, junto a los otros heroísmos de las líneas de fuego, estruendosos, crepitantes y desmesurados, mientras la guerra sigue. Pero que habrá de estimarse luego, cuando la guerra acabe, porque a él se le deberá mucho de la victoria cuando la guerra haya acabado.

Un hombre con un azadón a la espalda

Viene y va. Una gorra sobre la crespa pelambrera, salpicada de tierra húmeda; una chaqueta resudada y un pantalón atado a la cintura con una cuerda. Y a la espalda, un azadón.

Junto al atuendo militar de las Milicias, la silueta de este hombre del azadón se borra. La población civil ha renunciado a lo más substancioso de sus víveres para

↑ El heroísmo obscuro de estos hombres, que van de uno a otro extremo de Madrid con el pico o el azadón al hombro... Fots. Video

... Y este otro pequeño heroísmo de la mujer madre de familia, que mientras suena el cañón atiende a su deber para que en casa no falte el puchero hirviendo... ↓



los que, arma al brazo, luchan por defender su impenetrabilidad. Este hombre del azadón va con él a la espalda de un extremo a otro de Madrid, como si fuese atiborrado de la mejor pitanza. Luego, cuando los combatientes rompan el fuego, convenientemente protegidos por una línea de trincheras que hará más eficaz su denuesto, nadie pensará en quién las abrió.

Y quien las abrió seguirá yendo con su borrosa silueta, tierra en la pelambrera y azadón a la espalda, como un héroe que ni siquiera él mismo sabe que lo es.

El heroísmo militar y el heroísmo vestido "de paisano"

El frente, un frente que las circunstancias nos han puesto demasiado cerca, está suficientemente cubierto por el heroísmo de los defensores militares de Madrid. Pero detrás, la ciudad labora y resiste, con un heroísmo igual. Un heroísmo que por «vestirse de paisano» se hace notar menos, pero que es justo hacer que se note...

José DE LA RIVA

La hora rusa de Madrid

En el aniversario de la Revolución soviética

MADRID vive en estas horas febriles su hora rusa. El nombre de la nación lejana, y cercana al mismo tiempo, está en todos los espíritus y en todas las palabras. Barcos rusos, allá, en los puertos españoles del Mediterráneo. Aquí, en Madrid, en los que luchan y en los que trabajan, la sombra inspiradora y tutelar del pueblo que ahora ha celebrado un aniversario más de su revolución. Se piensa en Rusia, se habla de Rusia, se escribe sobre Rusia. Esta hora honda y dramática es la hora rusa de Madrid.

En la Puerta del Sol—pleno corazón madrileño, al que desde siempre vienen afluyendo todas las alegrías y todos los dolores de la ciudad—está un enorme retrato de Stalin, de gigantescas proporciones. Parece presidir—desde el edificio en que estuvo *La Corres*—la gran plaza y la hora que viven hoy Madrid y España. La imagen de Stalin se reproduce en los periódicos, en las paredes callejeras, y la roja estrella de cinco puntas condecora pechos, gorros y uniformes.

Aun gritan su acento revolucionario en las calles y en las fachadas de los cinemas los títulos de los films soviéticos. Libros de la revolución están en los escaparates de las librerías y en los carros que bordean las aceras de las calles de Peligros, de la Gran Vía, de la Carrera de San Jerónimo...

El paralelo de Rusia y España, de Leningrado y Madrid, surge constantemente en las columnas de los periódicos. Se comparan situaciones, momentos y figuras. En las paredes de las calles se reproducen artículos de *Izvestia* y de *Pravda*. «El ataque de los ejércitos blancos a Moscú—dice la cabecera de uno de esos artículos—fue mucho más impetuoso que el de las tropas de Franco a Madrid...»

En los muros de los edificios, en los escaparates, en el *Metro*, pasquines con palabras en torno a Rusia: «Rusia venció, y estaba sola. Nosotros tenemos a Rusia, y venceremos también.»

En los desfiles constantes de las tropas que llegan a Madrid o que parten para los frentes, los vivos a Rusia llenan la garganta de los milicianos. La emoción del pueblo distante, y cercano al mismo tiempo, pesa en estos días sobre todas las cosas de Madrid. Ahora se han cumplido los diez y siete años de la Revolución soviética.

Fue también en Noviembre, y los diarios madrileños han recordado abundantemente el simbólico paralelismo entre aquella lejana fecha rusa y esta viva fecha española. Noviembre de 1917 y Noviembre de 1936. Leningrado y Madrid.

Estos días breves, estas noches largas marcan la hora rusa de nuestra ciudad. Hasta en la indumentaria, hasta en las expresiones de los combatientes hay como una proyección de la vida y del ambiente soviéticos. En la Puerta del Sol, la vida abigarrada, múltiple y bulliciosa de la ciudad, pasa a la sombra de un gigantesco retrato de Stalin. Es la hora rusa de Madrid. Corre por las calles un viento helado, bajo un cielo triste y blanquecino.

GABRIEL ARACELI

Cartas de los niños rusos a los de España

LA República no se ha olvidado de los niños. No es de ahora esta honda preocupación de las instituciones democráticas por la infancia, aun cuando ahora se haya intensificado de modo superlativo. Aun en los momentos más decisivos, más duros de la lucha, ha hecho la República todos los esfuerzos posibles por rodear a los niños de todas las atenciones, y los mimos a que tienen derecho en momentos en que a su alrededor pone la muerte su rúbrica trágica: hogares para pioneros huérfanos o hijos de milicianos, colonias infantiles con ejercicios gratos al cuerpo y al espíritu, centros de estudio y de recreo, excursiones a Levante para apartar de sus ojos, apenas abiertos a la vida, la visión dolorosa de la lucha, han descubierto a la visión infantil perspectivas insospechadas para la indigencia de los niños proletarios. ¡Cuántos sueños ingenuos—juguetes, libros de aventuras maravillosas, higiene, pan—se han hecho realidad ante los ojos dilatados por el asombro. Los que ahora tienen doce años recordarán mañana estos días agitados sin sentir en la boca el amargor del abandono.

Pero la República no se ha limitado a rodear de mimos a la infancia. Ha procurado también atrársela, educarla, señalarle el camino de mañana. En la propaganda callejera del Ministerio de Instrucción Pública, en la labor de agitación popular de las organizaciones proletarias hay una buena parte de atención dedicada a los niños, en la que se les habla, con palabras sencillas, un lenguaje fácilmente asimilable para los pequeños. Madrid está lleno estos días de carteles, de pancartas, de pasquines, de periódicos murales. En casi todas las plataformas de propaganda que el Ministerio de Instrucción Pública ha colocado en las calles madrileñas de mayor circulación hay instalados, en la parte baja, a la altura de los ojos infantiles, periódicos de este tipo, hechos por y para los niños; gritos de color ingenuo encajado en historietas intencionadas, dibujos de barcos y de banderas, versos, cartas y pizarras, donde las pequeñas manos van dejando con tiza constancia efímera de sus impresiones del momento. Y letreros, enardecidos, entre una silueta de *Pipo* o de *Colás* y *Barullo*: «Por una España mejor.» «Por la paz, por el pan y por la libertad.»

En una de esas plataformas hay unas cartas escritas con letra temblorosa, en signos que no concuerdan con las letras de nuestro alfabeto. Y al lado, a máquina, la traducción en castellano. Es el saludo de unos niños lejanos que siguen con ojos ávidos la suerte de los niños proletarios españoles, identificados con ellos a través de muchos kilómetros de distancia; unos pliegucillos de papel con letra ingenua y torcida, escrita por la misma manita que poco antes acariciaba las prendas de abrigo que sus padres enviaban para los niños españoles; cartas llenas de palabras de aliento, de frases esperanzadoras, de votos de victoria.

Los niños españoles acuden a leer la traducción de estas cartas—«Pensamos mucho en vosotros, «Creed siempre en la victoria», «Os recordamos con mucho cariño», «Mi padre me habló anoche mucho de vosotros»; y luego la comentan entre ellos. No las tocan, no las manchan, porque han aprendido en poco tiempo a respetar lo que encierra una utilidad general. Pero uno de estos madrileños, un pionerillo de apenas ocho años, ante las cartas de uno de los periódicos murales de la calle de Alcalá, no ha podido resistir su impulso de agradecimiento, su honda emoción infantil, y ha escrito en el pequeño margen de uno de los pliegucillos estas palabras con un grafismo torpe y tembloroso: «Os estamos muy agradecidos y os queremos mucho.»

Y luego se ha ido al miliciano más próximo para hacerle esta pregunta:

—Dime, camarada: ¿sabes cuánto cuesta un sello de correos para el Extranjero?

A. O. S.

Es la hora rusa de Madrid. Retratos de Stalin y Lenin en las calles madrileñas, films soviéticos, recuerdos de la Revolución en todos los periódicos... Los chiquillos de Rusia escriben cartas de aliento a los «chavales» de España, que leen la traducción de aquellas palabras en los periódicos murales infantiles de Madrid (Fots. Video)

Los 4 batallones



Teatro en la calle al servicio de la defensa de Madrid

La propaganda infatigable en las calles de Madrid (Fot. Santos Yubero)

EN las jornadas de tensión que Madrid viene viviendo desde hace días opera no solamente la cercanía del peligro, sino la gran labor de agitación que de modo infatigable viene realizándose en la calle. No hay medio de fórmula de propaganda a que no se acuda: el mitin, la Prensa, el cartel, el pasquín, la octavilla, la radio... Llamamientos, palabras inflamadas, gestos enardecidos. Voz, en suma, que llama a la guerra con un encendido acento de coraje.

Entre esa agitación, entre esa propaganda, el teatro. Un teatro improvisado, al servicio de aquella necesidad apremiante de la defensa de Madrid. Un teatro que res-

ponde al ritmo de la hora y que sólo quiere hacer llegar al corazón popular el deber del instante.

Las calles madrileñas han visto en estos días cómo sobre ellas alzaba su planta un sencillo tablado: un escenario móvil, un breve equipo de intérpretes, una orquesta. Los actores del Teatro Popular se han puesto esta vez al servicio de lo que la hora pedía: el alistamiento de nuevos milicianos en los batallones de choque. El conductor de la camioneta de este Teatro Popular era el segundo apunte de la Compañía. La sala era la calle: corazón de Madrid, grandes plazas, zonas obreras.

Primero, la orquesta, que toca los himnos proletarios

del día. Sube después al tabladillo un camarada del 5.º Regimiento. Recita un romance:

*Hombres de Madrid, oidme;
los hombres de pelo en pecho:
albañiles, tranviarios,
metalúrgicos, canteros,
comerciantes, empleados...*

¡Habla el Quinto Regimiento!

*Hombres de Madrid, escuchadme:
que vuestro oído esté atento,
que ni una mosca se mueva;
tened los ojos abiertos.*

*Aquel y el otro, acercaos;
para irse no hay pretexto,
no hay prisa, novia ni cine...*

¡Habla el Quinto Regimiento!

Finalmente, la representación de un propósito teatral, cuya finalidad es también la del alistamiento. Se llama *Los 4 batallones*. Un cierto acento pirandelliano cruza por las escenas del propósito: los actores surgen del público y hablan desde la calle con los intérpretes que están sobre el tablado.

Ocho personajes intervienen en la pieza: el burgués —va ahora sin corbata y lleva un pañuelo rojo en el bolsillo—; el obrero que sólo quiere trabajar, *sin exponerse*; su novia, que tampoco siente afanes combativos; la niña cursi y su novio, un señorito inútil; el artista que necesita para su obra silencio y paz; el obrero y la obrera que están afiliados ya en los batallones de choque.

En la primera escena dialogan el burgués y el artista. Se quejan ambos. La actividad de los negocios está muerta para el primero. El segundo no puede crear en el sobresalto de estas horas febriles.

En la segunda escena hablan el obrero cómodo y su novia. Es ante la taquilla de un cine. «Debías pasar a la taquilla—dice la muchacha—sin necesidad de esperar cola, que por algo estás sindicado.» Habla luego ella de que en el taller habían estado para pedir que se alistasen las muchachas. «No te habrás alistado», habla él. «Claro que no—responde la novia—. Una cosa es trabajar y otra es exponerse a morir. Yo trabajo y hago jerseys (claro que cobrando), y ya hago por la guerra.» «Yo trabajo en mi obra—palabras del obrero—, y ya es bastante. Mientras no me obliguen por la fuerza, no me muevo...»

Una nueva escena: la chica cursi y su novio, que absurdamente se quejan de pequeñas incomodidades producidas por la guerra. Finalmente, desde el público surgen las voces indignadas del obrero y la obrera que están alistados ya en los batallones de choque. Increpan al burgués, al artista, al obrero y su novia, al señorito y la suya. Cada uno de éstos expone sus razones para no alistarse. Del público empiezan a surgir voces pidiendo que se alisten, que caven trincheras... Entonces suben al tabladillo el obrero y la obrera alistados ya. Se dirigen al artista. Le hablan de esos cuatro batallones de choque que se están formando para la defensa de Madrid. Y las palabras finales son estas: «Vosotros, obreros, a los batallones de choque. Vosotros, burguesitos, a los trabajos de fortificación. Y tú, artista, vendrás a dibujarnos con un pico unas preciosas trincheras, donde necesitan defenderse nuestros milicianos...»

Un coro de aplausos acoge la escena final de la breve pieza. La gente empieza a dispersarse, y la camioneta se pone en marcha para representar en un nuevo escenario callejero, y ante una nueva multitud, esas escenas en favor del alistamiento.

Un tren sanitario para el Socorro Rojo



← El tren sanitario cedido por el Consejo Obrero del Metropolitano a la Comisión Nacional de Sanidad del Socorro Rojo Internacional para la evacuación de heridos

Otro detalle del tren sanitario que el Consejo Obrero del Metropolitano de Madrid ha cedido al Socorro Rojo Internacional

(Fots. Galán) →



LOS PIONEROS

Combatientes de retaguardia



El puño en alto, los pioneros agrupan, movilizados, a los chiquillos madrileños, que han tomado también su puesto en la guerra

El cartel. El fuerte grito litográfico, que será bandera de enganche de combatientes, lo clavan los pioneros, cada mañana, sobre los muros de Madrid



Los chiquillos han ido también a ocupar un puesto en esta lucha en que se está desangrando España. Hubiera sido mejor evitarlo. Porque nada estábamos más obligados a salvar de la contaminación de nuestros odios que los sentimientos de la niñez. Pero era irremediable, y ya está. El padre, ceñudo, empuñaba el fusil. La madre, iracunda, crispaba los puños. Y en la vecindad, otros padres, como el suyo, cambiaban los útiles del trabajo por las armas, y otras madres, como la suya, también repetían con las manos crispadas el ademán colérico, amenazador. Y los periódicos, y las hirvientes conversaciones en las calles, y los agrios gritos litográficos de los carteles que la recluta para la guerra iba poniendo en cada esquina de la ciudad...

Poco a poco—pero cada poco muy aprisa—, en las imaginaciones de los chiquillos madrileños el concepto popular de la contienda iba tomando forma. Y si los padres eran milicianos—o sin encuadrarse aún en las Milicias, asimilaban ya las responsabilidades militares su misión sindical—, los chiquillos también querían entrar en la pelea. Los pioneros se constituyeron así. No fué preciso que alguien se ocupara de organizarlos. Uno, y otro, y otro, y veinte, y cincuenta, y cien chiquillos juntos, acudiendo adonde no se les llamaba, metiéndose donde, acaso, se pensaba que estaban de más, dieron cuerpo a la organización. Luego se vió toda la utilidad que rendían.

Las Milicias infantiles del Ejército popular

Primero fueron aquellos símbolos, modelados en barro sobre todas las aceras madrileñas, que hacían detenerse al transeúnte mientras los pequeños propagandistas le solicitaban algún donativo para la causa popular. Nadie les había encomendado aquella misión. Fueron ellos, espontáneamente, los que con sus cajas de lata, hasta los bordes llenas de monedas de cobre o de níquel, acudieron a los Círculos proletarios, a los Comités sindicales, a ponerse bajo su control y a ofrecerse para tareas que ellos mismos, antes que nadie, comprendían como tareas auxiliares de enorme eficacia.

—Era en verano, y no teníamos clase en la escuela. Estábamos jugando en las calles cuando estalló la guerra. Pero ya no podíamos seguir jugando, como si no pasase nada, como si la guerra no nos afectara a nosotros también—dice uno de estos chiquillos.

Uno. Pero lo que dice este «uno» es como si lo dijeran todos. Porque a todos los movilizó y los mantiene en acción combatiente un convencimiento igual.

La labor de combate de los pioneros

Los pioneros madrileños son muchos millares, extendidos sobre toda la superficie de Madrid. Cada distrito, cada barrio, cada calle tiene su grupo de pioneros, en entusiasta y vibrante actuación. Desde los primeros días de la lucha, cuando apenas si, vencida la sublevación en Madrid con la toma del cuartel de la Montaña, la guerra



era para los madrileños una imagen lejana, que los cerebros infantiles no apreciarían con facilidad, hasta estos días actuales, con la guerra en nuestros umbrales, en los que el retumbar de los cañones sobre nuestras cabezas ni los sobrecoge ni los distrae.

—Ya callarán—responden los pioneros si se los habla de los zumbidos de estos cañonazos.

Y mientras tanto, siguen su tarea sin un instante de vacilación.

Ellos tienen mucho que hacer. Cada mañana, en competencia de madrugadores, van al Círculo o al Radio en

Cada mañana, los pioneros acuden al Comité de la barriada o al Radio, donde hacen provisión de hojas de propaganda, que ellos reparten luego por las calles profusamente

El pionero actúa también como agente de orden en las «colas» que las mujeres forman ante algunos establecimientos de comestibles, en tanto llegan los camiones cargados de productos

busca de proclamas o de octavillas de propaganda que repartir profusamente por la ciudad, o de carteles que fijar sobre las esquinas. Y apenas agotada su provisión, vuelven insaciables, infatigables, al Círculo o al Radio por más.

Pero su actividad no se detiene ahí. Aun ayudan a mantener el orden en las colas, ante las tiendas de los artículos alimenticios que escasean, y colaboran a la carga y descarga de los vehículos de transporte de esos mismos artículos, y tensos sus músculos y virilizada su voluntad, cooperan con fuerzas que nadie sabe de dónde lograron y tenacidad que nadie sabe sobre qué yunque se forjó, a los trabajos de fortificación de Madrid.

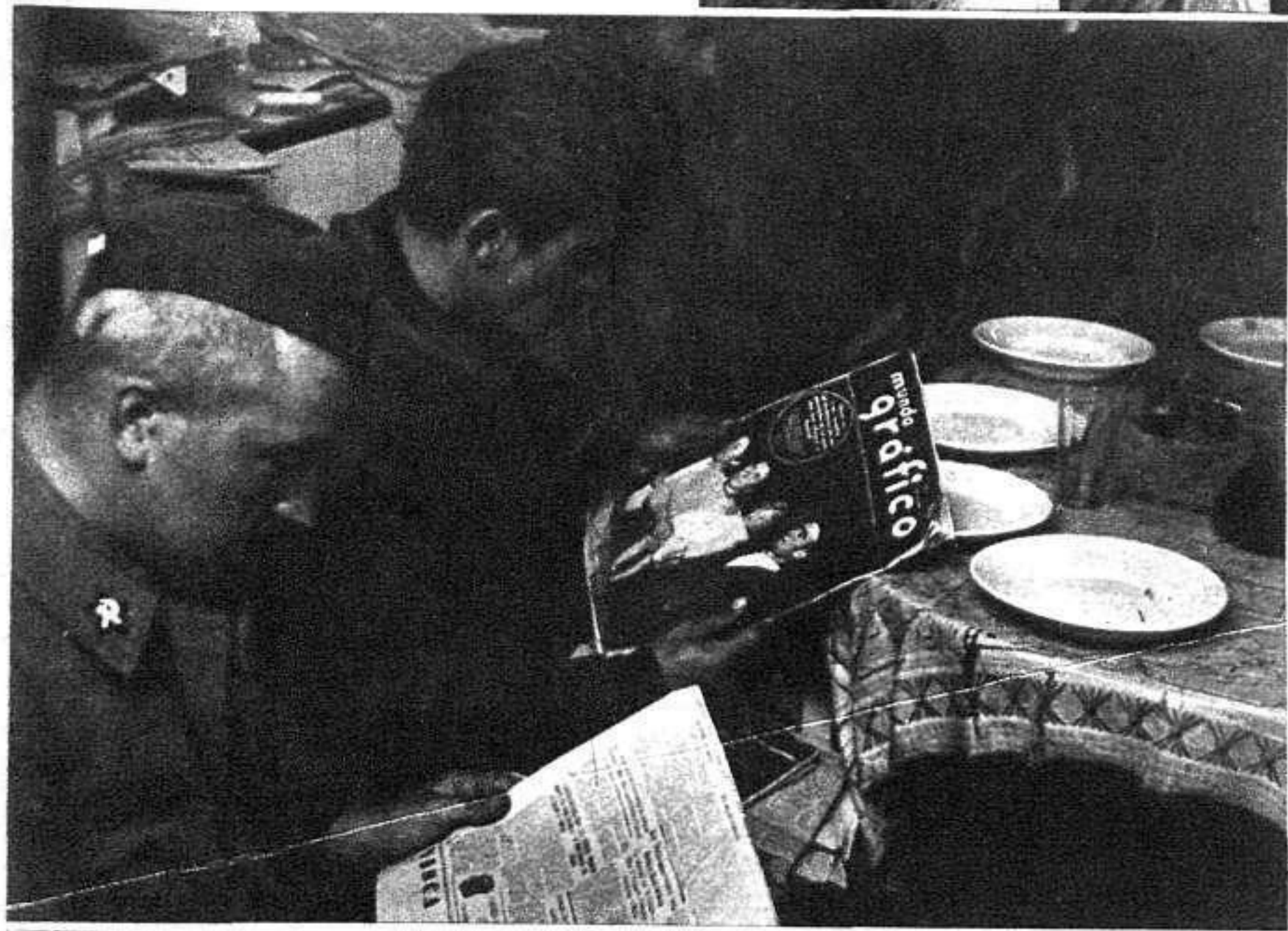
Hacia donde haya algo que hacer que ellos puedan hacer, van resueltamente los pioneros. Con una fe ciega, que es en el paisaje triste de nuestra actualidad española la tristeza mayor. Porque con el pionero—que es el chiquillo en pie de guerra—, el chiquillo ha dejado de ser chiquillo ya. Pero la culpa no es de los chiquillos, sino de la vida mala, que ni siquiera ante los chiquillos tuvo la piedad de ponerse una máscara bondadosa...

José ROMERO CUESTA

LA VIDA Y LA LUCHA EN LOS FRENTERES



Este miliciano, que es el cocinero de la centuria del P. F. I. que opera en los frentes de Aragón, es conocido entre sus compañeros con el sobrenombre de «Fu-Man-Chu»



Un momento de descanso en los refugios contruados contra el frío en las inmediaciones de Huesca

La lectura de nuestra revista en la retaguardia de las fuerzas que operan en los frentes aragoneses



Unos milicianos de la columna catalana que opera en las tierras de Castilla

Los efectos del bombardeo en algunas casas de un pueblo ocupado por las fuerzas del P. O. U. M. en el frente de Huesca



La lucha bajo los primeros temporales

Arriba: Sobre los caminos cubiertos por el barro y la lluvia van los milicianos que hacen el servicio del correo en los frentes

En el semicírculo: Fogatas y braseros en las líneas de lucha para combatir el frío de estas jornadas de Noviembre



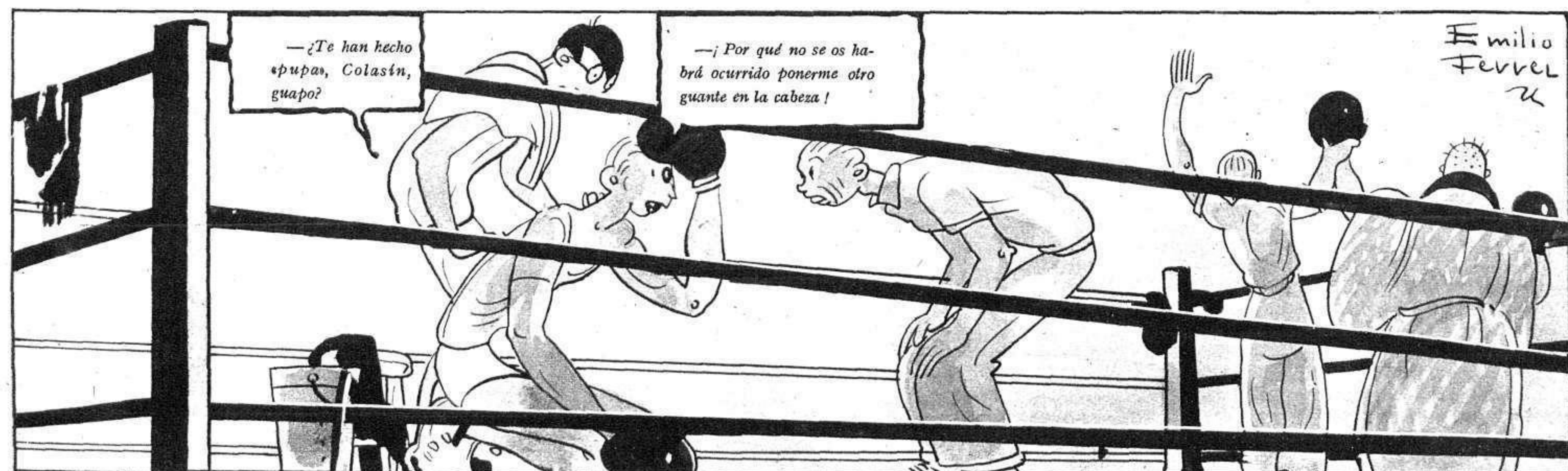
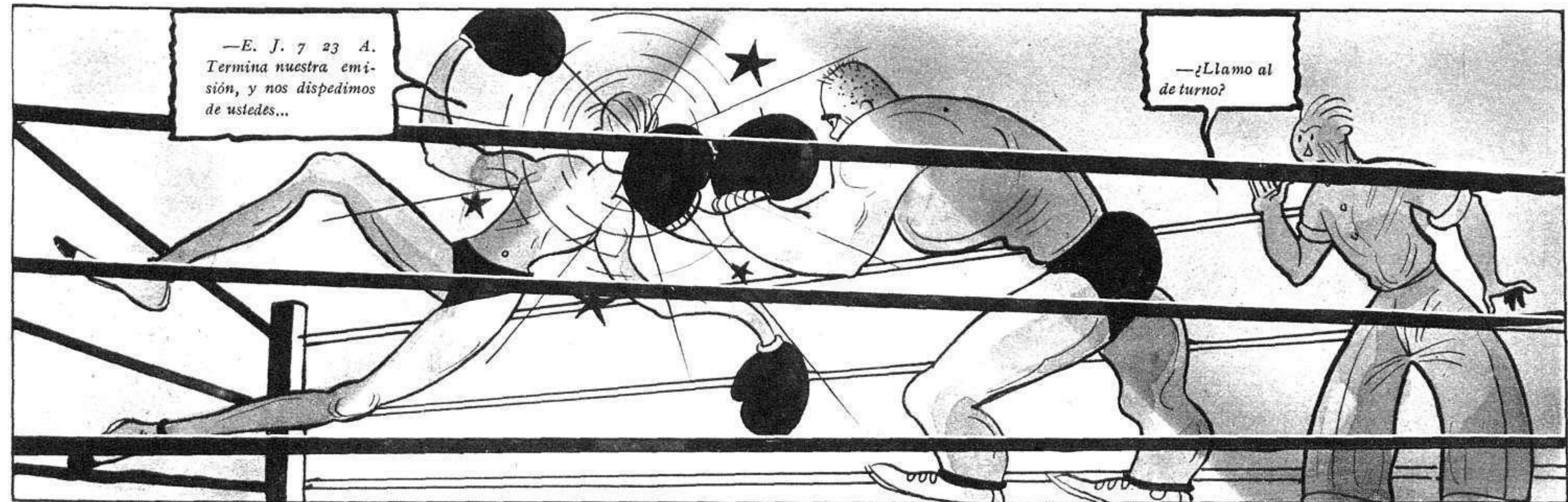
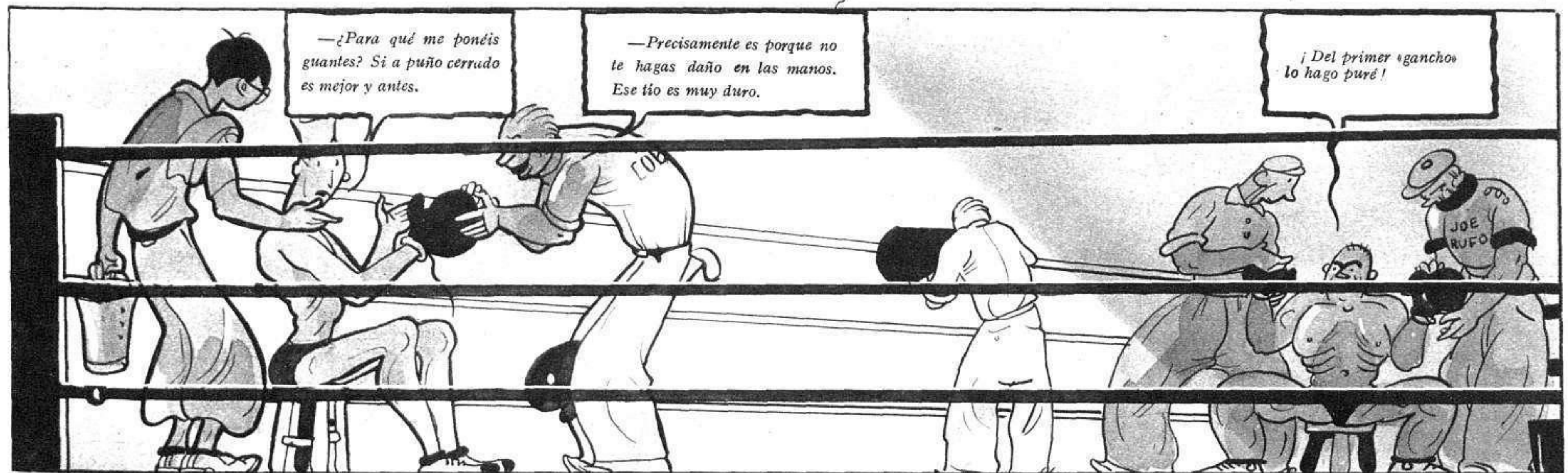
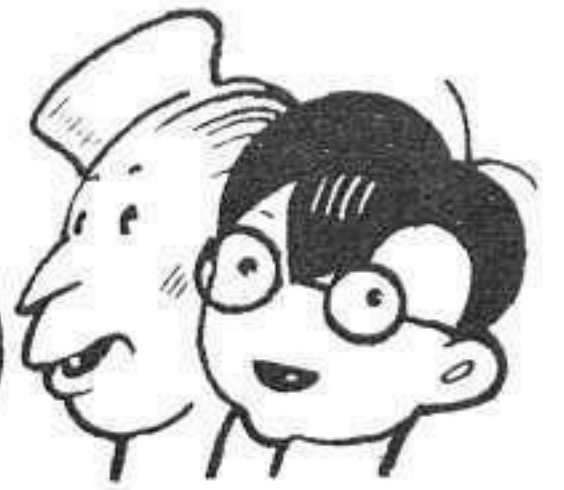
Las casas bombardeadas junto a los caminos encharcados por las últimas lluvias

Esta miliciana cruza sobre la calle enfangada de un pueblo duramente castigado por los temporales



(Fots. Torrents y Santos Yubero)

LA VUETA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



LECCIONES DE SOLIDARIDAD

Niños

y

combatientes hermanos



EL Comité de ayuda para niños españoles, de Francia, se ha dirigido a nuestro Gobierno ofreciéndose a instalar en aquella República 30.000 niños. Aceptado el generoso ofrecimiento, ya han empezado a salir para territorio francés expediciones de niños de España.

Coincide la iniciación de este éxodo infantil, ungido del más noble sentido humano, con la llegada a tierras de Castilla y las primeras triunfales luchas de la Brigada Internacional.

Intercambio simbólico bajo el signo de la solidaridad. Un pueblo se afana por ayudarnos, librando a nuestros niños de los azares y peligros de la guerra. De otros muchos pueblos nos vienen hombres animosos para pelear hombro con hombro con sus hermanos de España.

No es sólo, pues, crueldad y dolor lo que alumbra la guerra. También sus horas dramáticas engendran nobles pasiones y son fecundas en gestos generosos. La tragedia es un reactivo que descubre en el alma humana veneros magníficos. La crueldad inherente a la lucha se sublima y redime cuando en sus treguas se preocupa de la suerte de los niños. Todo el odio entre los hombres se sacrifica al pensar en la suerte de los que han de heredar los frutos de la pelea.

Primero fueron los pueblos fraternos de Levante y Cataluña los que abrieron sus brazos y sus hogares a los niños de Castilla en guerra. Ahora, Francia nos tiende, a través de las fronteras, sus manos abiertas. Los niños de la meseta emigrados reciben en sus almas la semilla de la solidaridad. Lejos de sus hogares nativos aprenderán

a no sentirse extraños bajo ningún cielo, porque el amor de los protectores les endulzará el cambio.

Para estos niños trashumantes bajo el signo de la cordialidad universal, la guerra será una lección práctica que ninguna Pedagogía podrá superar: lección de solidaridad que, a despecho de las violencias de la lucha, dejará en sus espíritus sedimentos de amor, de fraternidad. Aprenderán que no todo es odio ni mal en la vida; que hogueras más terriblemente destructoras son también antorchas que iluminan las rutas del porvenir, y que a su calor se funden egoísmos y se desbordan generosidades.

Terribles paradojas de la guerra: destruye tesoros materiales y crea riquezas del espíritu: el heroísmo, el sacrificio, la solidaridad.

Los que ya hemos doblado «la cumbre del camino de la vida» envidiamos a estos niños que han ido y van de un lado a otro, tutelados por la generosidad popular. En ellos se estará formando inconscientemente la lavadura de una gran fuerza espiritual futura. Los niños que se encuentran en los hogares que los reciben adquirirán para ellos categoría de hermanos, porque comparten su pan y su lecho, tienen las caricias de las mismas madres. Por donde pasan los niños en éxodo se impregnan de esa atmósfera de cordialidad, de sacrificio puro, de fraternidad... Para ellos, al retorno a sus hogares, las nociones egoístas tradicionales habrán sufrido un rudo quebranto.

No dirá ninguno con orgullo codicioso, como antes:

Los chiquillos de la Escuela Municipal de la plaza de Murcia, en Valencia, confeccionan, como millares de compañeros suyos de otras provincias, ropas de abrigo para los combatientes (Fot. Luis Vidal)

«mi casa», «mis hermanos», «mi pan», «mi juguete»... Porque en la emigración han sido suyos el pan, la casa, los juguetes de niños que le eran desconocidos, y él se sentirá para siempre obligado a considerar a los demás como sus hermanos y ofrecerles generosamente su pan, sus juguetes, su casa...

Solidaridad de los niños en éxodo. Solidaridad de los hombres que han venido a luchar junto a sus hermanos de España, a unir sus sangres en el mismo campo de batalla. Aquí están, en tierras de Castilla, franceses y rusos, alemanes y polacos, italianos y húngaros, portugueses y yugoeslavos, suizos y belgas... Han venido, por impulso espontáneo y desinteresado, a pelear en las mismas trincheras que los combatientes de nuestro pueblo. Por el pan, por la paz y por la libertad futura de esos niños que los pueblos hermanos reclaman con amor.

No todo es, digan lo que quieran los espíritus sombríos de pesimismo, mal en la vida y negación en la guerra. La hoguera terrible es también antorcha. Destruye e ilumina; desencadena el odio, pero también alumbra en el alma de los hombres veneros magníficos que quizá necesiten fatalmente de estas convulsiones terribles para purificar sus almas de egoísmos y activar la marcha hacia horizontes vitales mejores.

J. F.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR



NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR LABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al
LABORATORIO MANDRI
Prevenza, 203
BARCELONA

Lea usted los domingos

CRÓNICA

EDICIONES Elegantes y modernas

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS DE PERIÓDICOS REVISTAS
TARJETAS POSTALES CATALOGOS FOLLETOS ETC.

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía: negro o en colores

CONSULTE

por carta

o por teléfono

A

PRENSA GRÁFICA, S. A.
Hermosilla, 73 MADRID. Apartado 571. Teléfono 57885

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vezes prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión
Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramos o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), indorria, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Rogamos a nuestros corresponsales, suscriptores y a todas aquellas personas que se dirijan a nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

**PRENSA
GRÁFICA, S. A.**

APARTADO 571. MADRID

Conservas

TREVIJANO

Las labores del campo no se han interrumpido en la proximidad de los frentes de lucha

mundo gráfico

Mientras los muchachos luchan, el «abuelo» les prepara el sabroso condumio
(Fots. Santos Yubero y Benítez)



La lucha en el frente y el trabajo en la retaguardia.— Los milicianos guardan una noria